

# La Novela Semanal Cinematográfica

**N.º 44**

**25 cts.**



*Próximo número:*

*La magnífica producción de la Univer-  
sal, de asunto interesantísimo y real,  
genial creación del simpático artista,  
(uno de los más justamente preferidos)*

*Frank Mayo,*

*titulada:*

## *El delincuente*

*Postal-fotografía:*

*Betty Compson*

*Sale todos los miércoles.*

*25 cts.*

No deje de tener completa nues-  
tra colección pues le pesaría no  
haberse preocupado por tenerla.

**23 horas y 1/2  
de permiso**

**por  
Douglas Mac Lean  
FilmoTeca**

de Catalunya

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO I

N.º 44

---

---

### VEINTITRÉS HORAS Y MEDIA DE PERMISO

Preciosa comedia cinematográfica interpretada  
por los simpáticos artistas

DORIS MAY y DOUGLAS MAC-LEAN

---

PROGRAMA AJURIA

Concesionarios: SELECCINE S. A.

Ronda Universidad :-: BARCELONA

---

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TITULO

\*\*\*\*\*

¿Qué pasaba? ¿Había revolución? ¿Era un mitin contra el Gobierno? ¿Pedían que se abarataran las subsistencias? ¿Acaso la reducción de la jornada de trabajo de 8 á 3 horas y media con doble sueldo y tres meses de veraneo en Caldetas, Sitges, San Sebastián ó á la orilla del Besós? ¡Quia! Era nada más que un campamento de soldados americanos. Quien no se reía era porque había hecho tal vez un juramento á su novia de no «carcajear» hasta

que volviera á reunirse con ella... una vez terminada la guerra.

En el oficio tan monótono del militar es indispensable no tomarse las cosas en serio, y darle á todo aquello que aparezca á primera vista oscuro, una capa de optimismo. Eso hizo el sargento Gray desde su incorporación á filas y probablemente por eso alcanzó los galones dorados. Aunque hubiese sido más lógico que al ascender y contraer obligaciones respecto á la imposición de la disciplina á sus subordinados se abtuviese de hacer de las suyas poniéndose en evidencia ante sus jefes, Gray no había variado su línea de conducta y lo mismo que en sus tiempos de quinto toleraba, de sus compañeros, las bromas, de índole especial, tales como, por ejemplo: echarle un vaso de agua en pleno rostro mientras dormía, sin que se supiera quién había sido el «fresco»; doblarle las sábanas de la cama de modo que no pudiera estirar las piernas; pegarle un papel de fumar á la oreja, prenderle luego fuego al papelito ese y ponerse al acecho del brinco que iba á dar al sentir la quemadura; ó, entre otras muchas cosas, llenarle la sábana interior de su cama de migajas de pan duro.

El sargento Gray, era, en una palabra, una bellísima persona como sargento y como... paisano. Para él el servicio militar venía á ser una diversión constante.

Quien no pensara como él, era hombre perdido, neurasténico seguro.

Algo de lo mucho bueno que tenía el sargento Gray era que no podía ver á los demás pensativos ó tristes, y para arrastrarlos en su alegría recurría á los procedimientos que mejor le parecían responder á sus deseos. Casi siempre le salían bien sus intentos, y era natural que así fuera pues, ¿quién negara que un

amigo es un gran bálsamo en la soledad de uno? ¿No se ha disipado más de una vez vuestra tristeza mediante el concurso de un compañero que apreciabáis y llegó oportunamente á distraer vuestra imaginación de lo que la atormentaba? Las penas que tiene el soldado conocidas son de todos, quien más y quien menos. Por lo tanto, con un poco de buena voluntad personal y la ayuda de un amigo, más que de nombre, de hecho, se soportan los malos ratos y se establece un promedio regular.

Una de las originalidades de Gray consistía en las apuestas. Por cualquier cosa había de apostarse desde el metálico, cuando le tenía, hasta un par de calcetines... lavados, pasando por los cuellos hasta las botas lustradas.

Desde hacía una semana próximamente corría, como una epidemia, de dormitorio á dormitorio, la noticia de la partida del batallón.

Cierta mañana Gray se levantó pensando en la citada partida y se le puso en la cabeza una idea de la que hizo partícipe á su vecino de cama:

—Te apuesto doble contra sencillo á que partimos dentro de tres días.

—¡Demonio de Guillermo!—exclamó el interpelado—Si estuvieras agonizando, estoy seguro de que apostarías acerca del número de clavos que iba á tener tu ataúd...

—¡Quién lo dudal... Eso sería demostrar que mi buen humor es inagotable hasta los mismos umbrales de la Pálida... ¡Hay que ver cómo hablo!

—Si, ni Bécquer.

—Querrás decir Bécquer...

—Da lo mismo; pero oye, ¿por qué te actúas de esa manera?

— El hombre ha de ser previsor... y yo ya sabes que tengo por ahí algunas amiguitas que no me miran mal...

— Amiguitas, amiguitas, eres un presuntuoso y un embustero. ¿A que no eres capaz de presentarme siquiera una de ellas?

— ¡Ya veo hacia donde vas! No puede ser, eres demasiado feo.

— ¡Idiota!

— No te emberrinches que eso te envejece más de lo que corresponde a tus 40 años. A tu edad no se piensa más que en economizar algún dinero para cuando no puedas moverte de la silla.

— ¡Qué gracioso!... ¿Tú padre fué clown?

— No, señor. El clown lo será usted. A mí no me repite usted esa palabra porque soy capaz de comérmelo a usted en salsa mayonesa.

— ¿A mí?... Sí.

— ¿Quieres que luchemos, y apuesto cinco contra uno que no te dejo tiempo ni para decir pío.

— ¿A mí?... Sí.

— ¿Es pitorreo?

— ¿Pito qué...?

— ¡Guau!

— El perro lo serás tú...

— A propósito ¿dónde está mi Lulu?

— Debe andar, como su amo, por ahí, de conquista...

— ¿También le tienes bola a mi perro porque busca lo que le conviene? Si se la tienes... no se la des... ¡Pobre de tí si le dabas la bola a mi perro!

El contratista encargado de lavar las ropas de cama regimentales era amigo de Gray, encargado hasta entonces de llevar la contabilidad de tal servicio.

Como el perro ya apareciera, Gray se la-

mentó al contratista de no poder llevarse al animal consigo a la guerra cuando partiesen, dentro de pocos días, y le rogó se lo guardase y lo mantuviera hasta su regreso... si es que regresaba. El contratista aceptó hacerle tal favor al simpático sargento, que varias veces había sabido hacer la vista gorda sin aceptar retribución alguna, y se llevó al perro. El chuchito, mientras el carro del contratista se alejaba, parecía decirle a Gray:

— ¡Ande usted!... ¡Déjeme quedarme!

Y Gray, que tenía muy buenos sentimientos, se sintió ligeramente emocionado ante el cariño que le demostraba el can. Pero no había remedio: debía separarse de él y confiarlo a una persona conocida capaz de ocuparse de él.

El general Dodge, jefe del batallón a quien sus subordinados apodaban «Bombas», pasaba aquel día la revista a los soldados. Terminada ésta, Gray, recibiendo la orden de un oficial, le llevó el caballo al general y le ayudó a montarlo. El precipitado regreso del perro de Gray, (que había logrado libertarse de la protección del contratista de «ropa sucia») al lado de su amo en el momento en que este se hallaba «cuadrado» frente a su jefe, asustó al caballo del general que desbocóse, y tras desenfundada carrera por el campo de maniobras despidió al suelo al jinete. Gray estaba lívido, y el general, dolorido y echando chispas de fuego por la boca, como si fuera un encendedor automático, exigió que se indagara inmediatamente de quién era el perrito aquel.

— Es mío, señor— confesóle Gray—

— ¿De un sargento? Está bonito, hombre. Dará usted su nombre al oficial de semana y ya sabrá usted cómo me llamo yo.

La amenaza era de cuidado, es decir, de pronóstico reservado. Gray se dijo para sí, refi-

riéndose á él y al perro:

—Suerte tendremos si el general no nos manda fusilar mañana al amanecer.

Hemos dicho que Gray era optimista y que por nada se asustaba. De consiguiente recobró su ánimo habitual y volvió á su dormitorio donde su vecino de lecho, que era sargento de cocina, hacia las cuentas del día, y el sargento de establos esperaba la hora del reparto de la paja.

El sargento de cocina debía su cargo al hecho de haber sido antes de entrar en el Ejército un magnífico jugador de polo... y por el mismo procedimiento de selección arbitraria, el sargento de establos había sido un honorable hojalatero. No era pues de extrañar que el primero se viese en situación apurada cuando había de sacar las cuentas de las compras y pagos por día. Gray se sonrió al verlo emborronar la hoja de subsistencias y le dijo, para proseguir la discusión de antes con él, pues eso le divertía:

—¿Se te ocurrió pensar alguna vez que llegaría una época de tu vida en la cual tendrías de preocuparte de los bollos de desayuno del General?

—¡Por mi, que se vaya á paseo el General!

—El viejo está encantado conmigo y con mi perro.

—No faltaba más... El general y tú estais á partir un piñón... El mejor día te invita á almorzar...

—Sí...— intervino el sargento de establos — tiene la costumbre de sentarse á la mesa con los soldados rasos ó, á lo más, con cabos y sargentos.

—Te apuesto doble contra sencillo, cocinebote, á que, cuando menos lo pienses como con él...

—Gray... ¿Estás loco?

—Apuesto á que comeré bollos de leche con el General antes de que pase una semana.

—Y yo apuesto á que no.

—En esas condiciones soy capaz de apostar á que serás un necio toda la vida.

Hasta los generales tienen un superior, al cual obedecen á ciegas, y en este caso el superior del general era su hija... su único amor,



*Hasta los generales tienen un superior...*

su sola esperanza, la ilusión de su existencia. En su hogar él era poco más ó menos el criado de la bella criatura, convencida de la influencia que ejercían sus dieciocho primaveras sobre los sesenta años de su padre.

La orden de partida había sido dada para á lo sumo tres días después.

El sargento de cocina, que era el más descontentadizo de todos, se lamentaba:

—Mi novia se pone á llorar cuando me vea con esta gorra que me han dado y que significa que ya voy á partir...

Gray, siempre con ganas de mortificarle, le contestó:

—Si no llora, se rie con toda su alma; de eso estoy seguro.

—¡Qué gracioso eres, estúpido! Déjame la gorra en paz ó te doy así...

—¿A mi? Límpiame, nene...

—Toma. A ver si te gusta esa clase de chuletas.

—Que sí, hombre, que sí... No sabes lo bien que estoy ahora encima de tu espalda. Pídemelo perdón ó despídetelo del mundo porque te mando al limbo, criatura.

—Sargento Gray.

—¿Qué hay?

—Un telegrama.

—¡Ah! Por hoy, ranchero, te perdono la vida... Y no busques ahora la revancha, pues voy á leer este parte... ¿Qué? ¡Ah, la ingrata, la infiel!

—¿Qué te sucede?

—Lee...

—A ver... «C. Gray—Cuartel General—Campamento Mc-Artur.—Me casé con Bud Palmer hoy. Imposible ir despedirme de ti. Espero tus felicitaciones.

Mabel».

—¿Qué te parece?

—Es una ducha glacial... ¿Y qué vas á contestar, tú que nunca perdiste la serenidad?

—Le voy á decir que rezo fervientemente por ambos.

—¿De veras?

—Míralo.

—Chico, eres admirable.

—¿Querías que me matara? ¿Matarse por una mujer? Tú no me conoces...

Esta vez, la cosa no era para menos, Gray estaba un poco triste pero sabia disimularlo ante sus camaradas, y halló además un consuelo en el uniforme hecho á la medida, que le acababa de confeccionar el sastre.

Un sargento hizo irrupeición en el dormitorio donde estaba Gray y comunicó á todos los sargentos:

—Acaban de dar una nueva orden: todos los días, hasta que partamos, un grupo de nosotros tendrá veintitrés horas y media de permiso.

—Oye, tú, ¿á los de este dormitorio cuándo nos tocará?—le preguntó Gray.

—A nosotros, pasado mañana.

Su permiso no seria más que un amargo placer. Sin novia efectiva y con el dolor del desprecio no sabia á dónde encaminar sus pasos. Mientras trataba de alegrar un poco sus ideas contemplando de nuevo su traje recién salido de casa del sastre, y pagado, el sargento de cocina, envidioso, le objetó:

—No podrás ponerte uniforme á la medida... Hay orden de que todos llevemos la ropa del Gobierno.

—¡Bah! Las leyes se hicieron para los esclavos... Yo soy libre.

Los otros camaradas intervinieron en la conversaci6n.

—Cepíllalo y límpiálo bien... Te hará falta el día que tomes el desayuno con el General.

—¡Hola, General! ¿Quiere usted un bollo de leche?

Todos estaban enterados de la original apuesta de Gray con el sargento cocinero de que se sentaría á la mesa con el general antes de una semana.

El pelot6n del piso de arriba no solía dejar en paz á sus vecinos. Oyendo de lo que se tra-

taba, la emprendieron contra Gray:

—Los bollos están en camino, mi general...

Gray se amoscó y se armó una batalla, arrojándose á la cabeza una serie de tomates maduros que los vecinos de arriba habían bajado en un cesto. El despilfarro de tomates hubiese sido interminable si un incidente trascendental no lo hubiese interrumpido; y el o fué que en lo mejor de la batalla, un tomate atrevido se coló en el ojo izquierdo del general en el momento en que éste pasaba en auto por el patio por delante del dormitorio en que tenía lugar la colisión.

—¿Quién tiró ese tomate?—gruñó el general, crispando los puños.

—¿Qué tomate?—dijo el Oficial de guardia, disimulando.

—Ese condenado tomate maduro que me ha cegado. ¡Pronto! ¡Voto á mil bombas!...

Era preferible que el culpable se presentase á fin de evitar que todos los que se hallaban en el dormitorio de donde partió el «proyectil», fuesen castigados.

—Yo lo arrojé, señor—confesó Gray.— Le apunté á Smith... y no le dí.

—¿Usted otra vez? Preséntese mañana á las nueve.

—A la orden, mi general.

Ya iban dos amenazas. Esta vez no se escapaba del Consejo de Guerra y quién sabía de qué más.

Los camaradas de Gray tomaron el comprometido caso á chacota:

—El General Comandante del batallón invita al sargento Gray á desayunar, mañana, en su compañía.

—Ya sabeis que no hice jamás caso ni de bromas ni de burlas y que nada podrá sacarme de tino. Mañana iré á ver al General y ve-



Gray se amoscó y se armó una batalla..

remos qué resultado os anuncio. Yo creo que no es tan fiero el león como lo pintan.

A la mañana siguiente. La cita:

—Es curioso Gray, que cada vez que hay algún desorden en la Compañía, encuentro á usted metido en el ajo.

—Lamento lo sucedido ayer, mi General...

—No trate de escusarse: si vuelve á infringir la disciplina, le quitaré los galones.

Gray salió más satisfecho de lo que esperaba, del despacho del General, confirmándose que «Bombas» era más considerado de lo que se le suponía en el batallón.

En la ciudad, entretanto, (el cuartel estaba unos kilómetros de ella) la señorita Peggy, disponiéndose á salir de casa de su modista, se enteraba por esta de que le daba la razón acerca de que abundaban los espías en el país.

—Hay espías hasta en esta misma casa.

—¿Dónde?

—Salgamos al pasillo... ¿Vé usted esa placa? Dice «J. M. BOOT—Fotógrafo». Pues bien: no creo que se llame Boot y, además, en su álbum ví una vez un retrato de un General enemigo. Si se pudieran confirmar las sospechas...

—Yo me encargaré de ello... Por su parte, vigile por si algo anormal ocurriese...

Gray salía del cuartel para pasear su melancolía (los corazones sin Norte, por más alegres que sean, tienen sus horas de tristeza), cuando una señorita, la misma señorita Peggy, recién llegada en auto, le hizo señal de acercarse:

—Hago lo posible por complacer á los soldados que van á luchar. Sé que todos ustedes se marcharán pasado mañana. ¿Va usted á alguna parte, sargento? ¿Quiere que le acompañe?

—Muchas gracias, señorita... No tengo di-

rección fija... Quizá vaya á la ciudad...

—Me pareció que... como estoy esperando aquí á un pariente... podría llevar á algún soldado á que tomara el tranvía de la ciudad en el cruce de la carretera.

—En este caso, si no le es molestia iré hasta la vía de los tranvías..

—¿Creyó usted primero que no hablaba en serio?

—No dudé de su seriedad, señorita. Sin embargo me pareció demasiada molestia para usted...

—Lo que se hace por voluntad no produce más que satisfacción.

—Es usted la señorita más amable que he conocido en mi vida.

—Ya hemos llegado... Precisamente ahí está su tranvía...

—Ya lo veo, sí... Mil gracias por haberme traído... Ahora ya podemos regresar...

—¿Pero, ¿no va usted á subir á ese tranvía?

—No, señorita. Sólo quería verlo.

—¿Ah, sí? Entonces baje y mírelo. No tiene nada de particular.

Gray no se había figurado que la señorita del auto no vería con agrado su broma de hacerse conducir hasta la vía de los tranvías sin utilidad alguna, sólo por pasarse en auto. Y hubo de obedecer á la contestación de ella que no admitía réplica: «Baje usted y mírelo».

Convencido de que una mujer no es lo mismo que un camarada de regimiento, Gray cargó sobre sus espaldas una dosis particular de resignación y emprendió más melancólico que antes el regreso al cuartel mientras el coche hacía lo mismo á unos metros delante suyo á una velocidad de turista observador.

Gray, cediendo á impulsos íntimos de su ser, se puso á correr como un desesperado y

alcanzó el auto en pocos segundos.

—Perdón, señorita... si acepté su oferta sin necesidad de tomar el tranvía... Pero tenía yo tantos deseos de hablar con alguien...

—No lo vuelva usted á hacer más... por esta vez le perdono á usted... pero considere que ha perjudicado tal vez á un camarada, aceptando usted sin necesidad el servicio de mi coche...

—Es cierto... Me arrepiento pensando en el *camarada perjudicado*... pero por otra parte, señorita, no tengo remordimiento... Si usted supiera lo agradable que me ha resultado este encuentro...

—No me salga usted ahora poeta... Se lo ruego... Guarde usted su lira para las serenatas en el cuartel...

—Si no me lo hubiera usted demostrado ya, habría adivinado que es usted muy buena... Su afecto por los soldados me anima á hablarle de mí, un pobre soldadito que á pesar de aparentar casi siempre una intensa alegría, tiene una pena muy honda que ahogar...

—¿Me va usted á tomar por su confesor?

—Sí... si no la molestan mis pecados...

—Es usted muy original, sargento...

—Gray... Me llamó Gray.

—No le pregunté su nombre.

—Se lo dije para evitarle ese trabajo...

—Eso no me interesa tanto como su confesión...

—Le diré á usted... La vida de cuartel no es muy aburrida por cierto cuando uno está, como yo, rodeado de buenos muchachos chirigoferos como el que más... Pero sentimos que algo nos es indispensable y cuando no le tenemos ya le andamos buscando como quien anda á la caza de la fortuna.

—¿Y qué es ello?

—Después del cariño de la madre, del afecto

de los hermanos y parientes, y amistad de los amigos, se impone á nosotros un sentimiento poderoso independiente de los demás y tal vez, desde un principio, fuerte como ninguno aunque de un poder excepcional.

Cuesta mucho encontrar lo que uno desea. Hasta ahora yo he tenido novia; ya no la tengo... porque se ha casado con otro. Esto me ha entristecido un poco, no lo niego. Pero comprendo que no la había amado nunca sinceramente porque la nueva de su infidelidad no me ha hecho siquiera llorar o indignarme. Los hombres no lloramos por fuera, es verdad, pero todos sentimos el gotear de nuestro llanto cuando nuestro corazón está henchido de dolor... Y ahora más que nunca, señorita, es cuando me afirmo mayormente que jamás mi corazón estuvo lleno del consuelo de una mujer, de una novia adorada...

—No creo que deba apurarse usted... Los hombres tienen muchas ventajas... ¿Qué soldado no vuelve de permiso con una docena de conquistas? A propósito ¿ahora va á tener usted veintitrés horas de permiso, no?

—Sí, mañana... pero, para mí, como si tal cosa... Pasaré esas horas en la ciudad... ó en el cuartel; me da lo mismo. Lo que siento es que ya estamos de vuelta.

—Si quiere usted, estaré aquí mañana cuando comience su licencia... y le llevaré al tranvía.

—¿De veras?... ¿Me esperará?...

—¿Por qué no?... Eso lo hago yo por cualquier soldado.

—Hasta mañana entonces, señorita... Perdóne... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Yo no le dije nada...

—Necio de mí. Fui yo quien le dije mi nombre... Disimule, señorita...



DOUGLAS MACLEAN AND DOBIE MAY

—Todo este lote de uniformes de reglamento está en pésimo estado.

Gray vió alejarse á la simpática «chauffeur» y así que la hubo perdido de vista entró al cuartel. El soldado de guardia le salió al paso.

—Oye.... No soy el mismo que salió con ese pase.... —le dijo Gray.

—Me parece que has bebido.... Aquí dice sargento Gray, y tú eres ese sargento guasón....

—Te explicaré: soy otro. He cambiado completamente.... Crees en el amor á primera vista?

—Vete á dormir, chico, y descansa....

—Ni alma, ni corazón, ni imaginación, ni sentimientos.... ¡Bah! Eres un muñeco de serrín.

En el patio del cuartel Gray le cantó una romanza á la luna y en premio á sus valiosas cuerdas vocales recibió, procedentes de todas las ventanas, aproximadamente tres docenas de botas del 45, reforzadas con cable Michelin.

A la mañana siguiente, para economizar tiempo, Gray se puso el uniforme hecho á medida. ¡Qué bien le sentaba el trajecito y qué impresión contaba producir á la gentil señorita que le esperaba, horas más tarde, frente al cuartel, para llevarle al tranvial

Los compañeros de Gray, á quienes si la envidia fuera tiña se hubiese visto el oficial de guardia precisado á «emparedarlos» para no contagiarse á cualquiera que pasara á un kilómetro de distancia de ellos, se esforzaban por convencerle á que no se pusiera el «vestido de fantasía» recordándole los castigos que podía acarrearle. El sargento de cocina, el mejor amigo de Gray y por eso el que siempre le buscaba la boca, como vulgarmente se dice, le avisó:

—Ya conoces la Ordenanza.... Cuando llegue la revista sabrás cómo las gasta el teniente. Lo mejor que puedes hacer es ponerte el otro uniforme reglamentario....

—Y que luego, una vez terminada la revista,

me ponga el nuevo, ¿no?... No, hombre, no. Si me puse el nuevo al levantarme fué para evitarme el trabajo de vestirme dos veces.

—Es que no lo habrías de llevar este traje de fantasía.... Te costará un disgusto.

—Lo que tú eres es un grandísimo bribón.... Si fuera tuyo el traje apuesto lo que quisieras á que te lo ponías hasta para dormir. Después de todo á mi los castigos no me importan.

—Si el teniente se enoja te dará para el pelo....

La de todos temida revista llegó... y la revista escena entre Gray y el teniente también:

—¿Es este el uniforme de reglamento?

—No... no... no señor.... El uniforme de reglamento está en mu... mu... muy mal estado....

—¡Quíteselo!

—En seguida.... Aquí está....

—¿Vé usted estos pantalones?... Zig... zag.... Ahora tiene dos.... Y usted, sargento Sixto, destruya este uniforme. Pero ¿qué uniforme llevan todos ustedes? Quítenlos inmediatamente y vayan amontonándolos aquí, á mis pies... Esto es un inaudito.... Todo este lote de uniformes de reglamento está en pésimo estado. Usted, destruya los uniformes de toda la compañía.

—Nos hemos quedado poco menos que en cueros, señor —objetó un sargento.

—Aquí tienen ustedes una orden para que el jefe de almacén les dé uniformes nuevos.

Tan pronto se hubo marchado el oficial, los sargentos viendo ya cerca la hora en que empezaban sus veintitrés horas y media de permiso, eligieron uno de los soldados de su compañía, como ellos en paños menores, y le ordenaron:

—Lleva pronto esta orden al jefe de almacén.

Y Gray, más apurado que los otros, pues á él le esperaban, añadió:

—Por vida tuya corre.... Mi licencia comienza dentro de cinco minutos.

El soldado no quería obedecer pretextando que no podía atravesar el patio en calzoncillos cortos. Los sargentos le pusieron un capote pero éste no le llegaba nada más que á la mitad de la pierna, porque el soldado era de la estatura de un poste telefónico. Al fin, doblando



—¿Es este el uniforme de reglamento?

las piernas, el soldado salió del dormitorio hacia el almacén. En camino un brigada de servicio le puso la mano en el hombro diciéndole:

—¿Se ha creído usted que esto es una piscina de baño? Queda usted arrestado por estar sin uniforme.

—Yo iba... yo iba de parte de los sargentos....

—¡Arrestado! Así aprenderá usted á no olvidar los pantalones.

Mientras el soldado, que pecaba de corto á pesar de ser tan largo, se mordía las uñas de rabia, los sargentos se impacientaban. Gray no pudo contenerse:

—Esto es para arrancarse las muelas con los cascos de un caballo.. Mi licencia comenzó hace media hora y tengo una cita.

—Ya sabemos... Una cita para desayunarte con el general.... Lo mejor es que le digas que sientes no poder acompañarle.

La señorita Peggy (tal vez algún lector lo habrá adivinado ya) era la hija del general. Conforme se lo había prometido á Gray, ya le estaba esperando desde hacía mucho rato, durante el cual tuvo tiempo de ir á ver á su padre, en su despacho, situado en un extremo del cuartel. Excepto la oficialidad eran raros los militares que conocían á Peggy pues su padre no hacia mucho tiempo que mandaba el batallón y, además, con la guerra, no había nunca los mismos soldados. Era un continuo envío de tropas al frente. De modo que fué natural la sorpresa del general al ver aparecer á su hija en su gabinete de trabajo.

—¿No sabes que no me gusta que vengas aquí?

—He venido á decirte una cosa... He conseguido esta tarjeta. Entérate.

—J. M. Boot—Fotógrafo—Precios especiales para soldados y marineros. No me interesan sus servicios.

—No es eso... Mira á tu hija papá... Oyeme bien; por fin he encontrado un espía de veras...

—Déjate de tonterías... Tengo mucho que hacer...

—¿No me crees? Yo que creía ganarme una medalla...

Gray, que no replicó á sus camaradas cuando le provocaban á propósito de su apuesta

de almorzar con el general, y que á la fuerza lo tuvieron que dejar tranquilo, aprovechó un momento de reunión de sus amigos para ejecutar la idea que se le había ocurrido probablemente inspirado por el temor de que la señorita del auto se marchase, en vista de su tardanza, antes de que él estuviera en condiciones de salir á la calle. No había tiempo que perder. Disimularía la falta de uniforme poniéndose un impermeable cuidadosamente abrochado. Para huir saltó por la ventana y, para despistar á sus camaradas, colocó varios chismes debajo de las ropas de la cama, cubriéndolos como si se tratara de él que estuviera durmiendo, y á la altura del sitio que correspondía á la cabeza puso un sombrero.

Extrañado de no oírle más el sargento de establos dijo desde el grupo á Gray, tomando por tal al lío de ropas que había en la cama.

—Me parece que no vas á salir, compadre... ¿Se habrá dormido? Contéstame ó por vida de San Celedonio que te tiro esta bota á la cabeza... ¿No hablas? ¿No? Toma, pues, y dime qué tal te fué. ¡Caramba, muchachos, ese duerme ó se las ha pirao!

—Habrá sido capaz...

—Pues si que es verdad... Pero, ¿cómo ha salido?

—A ese el mejor día lo degradan... ¡Habrás visto tío más fresco!

—¡Callarse! Está allí... Sube á un auto... Una mujer conduce el coche...

—¡Rechufa! Esa muchacha yo la conozco... La he visto dos veces en el mismo rellano de la escalera de la casa del fotógrafo ese tan considerado para con los militares. ¿Será ella su hija? ¿Será la modista que hay enfrente del piso del fotógrafo?

—Ya que él ha salido con impermeable nos-

otros podemos hacer lo mismo. El tiene la culpa de esto... Hay que agarrarlo por nuestra cuenta y obligarlo á pagárnoslas todas juntas. Nosotros tomaremos el tranvía y sin que ellos lo sospechen nos presentaremos en casa del fotógrafo ó de la modista y les esperaremos.

—Buenos días, amable señorita... ¿La hice esperar mucho?

—¿Tiene usted noción de la hora que es?

—Se me perdió el reloj... Además, el teniente nos entretuvo dándonos una conferencia... Yo lo sentía por usted... Ya desesperaba de encontrarla...

—No pasó nada malo y eso es lo principal. Yo temí al principio que le hubiesen castigado.

—Me habría escapado... por verla á usted...

—¿Por qué se ha puesto el impermeable? No creo que sea necesario...

—Verá usted... Con la guerra, todo anda patas arriba... hasta el tiempo... De modo que tal vez llueva.

—Si es un capricho... allá usted; pero el tiempo está seguro, créame.

—He de decirle á usted muchas cosas.

—No tiene usted mucho tiempo porque ya llegamos á la vía.

—¿No vive usted en la ciudad?

—Sí... Querría que le acompañara hasta allí, ¿verdad?

—No me atreví á pedirle tanto...

—Y en cambio yo se lo otorgo.

—¿De veras va usted á llevarme á la ciudad?

—A cambio de un favor... Quiero que se retrate usted.

—Lo que usted mande, señorita. Es usted muy amable al pedirme mi retrato... Usted también me es simpatiquísima...

—No le pido el favor para mí... Es para la

patria.

—¿Y qué va á hacer la patria de mi retrato? ¿Quiere acaso sacar copias y mandarlas al extranjero presentándome como el modelo de los soldados americanos?

—¿Se llama usted Pepe?

—Por qué lo dice usted?

—Por... lo tranquilo... No se ría usted. Se trata de un asunto muy serio. Ve usted esta tarjeta? Pues este hombre saca retratos de los soldados que van á la guerra. Y todos los piden para la misma fecha: la fecha de su partida.

—¿Ah, sí?

—Y los espías enemigos están esparando precisamente que se les diga cuál es la fecha de la partida de los transportes...

—Ya hemos llegado... Es aquí, ¿no es cierto? Recuerdo haber venido una vez con un camarada.

—Entraré con usted... como si fuera su... hermana.

—Eso es... ó, mejor que hermana... puede ser mi... cualquier cosa...

—Tiene usted que quitarse ese impermeable.

—Claro, una vez dentro... Pero, ¿me permite que entre solo?... Tengo la manía de... no dejarme retratar cuando alguien está presente.

—Bueno... le esperaré...

—Si es un espía, voy á darle, probablemente, una paliza.

—Prométame usted no recurrir á la violencia... Es mejor hablarle... darle informes erróneos respecto al ejército...

Habiendo, afortunadamente, logrado subir solo al piso del fotógrafo, Gray se dispuso á averiguar si éste era un enemigo asalariado para enterar á su Gobierno de las cosas del país.

—Buenas tardes, Sargento ¿Viene usted á retratarse?

—Sí, pero con el impermeable, pues mire como voy: en calzoncillos. ¿Qué le parece á usted de un Gobierno que manda á sus soldados á combatir sin uniformes?

—¿Es posible?... ¡Y siendo el país tan rico...!

—No tenemos nada... Ni cañones ni fusiles, ni zapatos suficientes... Nada. Toda mi compañía anda ahora así... como yo.

Después de media hora de mentir descaradamente, Gray se despidió del fotógrafo convencido de las dudas de la señorita del auto.

—¿Para cuándo necesita usted los doce retratos?

—No corre prisa. Todas las órdenes relativas á la salida de los transportes han sido suspendidas... Parece que tienen miedo al enemigo.

—Bien; de todos modos estarán listos desde el jueves próximo. Vaya con Dios, sargento.

Al ir á salir de la puerta de la escalera de la casa del fotógrafo para reunirse con la señorita del auto, Gray tuvo el encuentro más inesperado que pudiera imaginarse: sus camaradas le salieron al paso, cortándoselo, y obligándole á despojarse del impermeable, dejándole de consiguiente en camiseta y en calzoncillos y ahogando sus gritos de protesta á fin de no ser oído por ella. Llevando su venganza hasta el fin, los vengativos á la par que bromistas sargentos le llevaron á la *dama* de Gray el impermeable de éste, diciéndola:

—Señorita, el sargento Gray no puede venir... Está ocupadísimo y le suplica á usted que le guarde esto...

—¿Qué le han hecho ustedes? Yo le ví cuando bajaba... hace un momento.

—Tal vez tuviera algún asunto que tratar

con la modista de arriba... Me parece que perderá el tiempo si le espera...

—Insolentes... Yo no espero á nadie...

Disgustada por la tardanza de Gray, la señorita del auto se fué llevándose el impermeable por no dejarlo en el arroyo.

Gray por un lado se vió en un apuro muy grande en mitad de la escalera acechando para subir si alguien llegara y meditando sobre lo que podría hacer si alguien bajara. Buscó una solución en el portero:

—Oiga portero... Venga un momento....

—¿Y usted por qué no viene?

—Tiene que traerme unos pantalones....

—Tiene un corte sospechoso....—pensó el conserje.

Llegó gente. Gray se coló en el ascensor; el portero le persiguió creyendo que en cualquier piso iba á abrirse la puerta del ascensor, pero Gray le mareó haciendo subir y bajar el ascensor según le conviniera para que no vieran los vecinos. Finalmente, Gray, se escondió en el taller del fotógrafo en el momento en que éste, entrando en el taller con un cómplice, pareció darle instrucciones, en idioma enemigo. Gray escuchó atento por si recordaba alguna que otra palabra del citado idioma y la fatalidad quiso que se le viniera abajo el decorado detrás del cual estaba oculto. Los espías, viéndole, y reconociendo en él al sargento de antes, supusieron que era un enviado de la autoridad militar para descubrirles y se aprestaron á detenerlo y secuestrarlo para poder huir. Mas Gray, jugándose la vida, luchó con tal fiereza contra los espías, que á poco éstos fueron derribados y colgado el uno de la manera más original que conocemos, y atado y desnudado el otro vistiéndose Gray con sus ropas.

Al ruido producido por la pelea llegó el por-

tero con dos guardias.

—Son espías, espías enemigos....—les notificó Gray.

Pero su porte no era precisamente el de un hombre cuerdo pues á los pantalones le sobran más de tres metros y en la americana iban tres cuerpos como el suyo. Los policías se lo llevaron, junto con los dos espías, á la Comi-



—Son espías, espías enemigos....

saría, y allí el pobre Gray esperó, con el día siguiente, la llegada del comisario, sin valerle quejas.

Por la mañana siguiente, cuando no le quedaban á Gray más que tres horas de permiso, el ayudante del General enteró á éste de las noticias que le habían comunicado del cuartel.

—Debo informarle de que los soldados de su escolta están sin uniformes.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde tienen esos

hombres sus uniformes?

—Ayer fueron todos á la ciudad sin pantalones.

—¿En calzoncillos? ¡Qué vergüenza!

—Se pusieron el impermeable y unas bandas.

—Pero, ¿por qué hicieron eso?

—El teniente le explicará á usted...

—¿El teniente? A ese teniente le voy á hacer tomar un baño el mejor día.

La hija del general estaba con su padre cuando el ayudante le comunicó esas noticias y lo comprendió todo. ¡El sargento Gray era de los que habian salido sin pantalones! Lo peor era que él no tenia el impermeable puesto que se lo quitaron sus camaradas.

—¿Qué pena tiene el soldado que no vuelve al cuartel cuando ha terminado su licencia...? le preguntó á su padre.

—Eso es una desercion y, en tiempo de guerra, tiene pena de muerte.

—¡Ah, ay! ¿Y si era por mi culpa?

—Entonces, á ti te fusilarán. Pero ¿qué estás diciendo?

La hija del general se lo contó todo á su padre y terminó rogándole:

—Por favor... que no le fusilen, estaba tratando de cojer á un espia.

—Bueno... ¿Y dónde está escondido ese joven, ahora?

—No,... no es de los que se esconden.

—En algunas circunstancias, es deber de todo hombre el esconderse... y esconderse bien.

—Buena falta le hace. Quién sabe si debe estar esperando que alguno de sus camaradas se arrepienta y le lleve un uniforme en casa del fotógrafo.

La obligacion de un ayudante, cuando el General está preocupado, es distraerlo.

—En el campamento andan contando una

historia ocurrente, mi general.. Uno de los sargentos ha apostado á que comerá con usted bollos de leche en el desayuno.

—Hombre, si que es original eso; me gustaría conocer á ese sargento.

El portero de la casa del fotógrafo, enterado de que Gray era sargento, telefonó al ayudante del general:

—Dígale al general que su gato montés favorito está en la Comisaría... loco rabioso y que mande á alguien á ver lo que se hace con él. Ha matado casi á dos inquilinos míos.

Empujado por su hija, además de su curiosidad por conocer al bravo sargento que habia descubierto á dos espías, el general, con su ayudante se trasladaron á la Comisaría. Allí todo se arregló y la hija del general fué la primera en estrecharle la mano al salir Gray de su encierro.

—Es usted un héroe adorable.

—Muchas gracias... pero, ¿qué veo?.... de donde sacó usted á «Bombas».

—Es mi papá.

—¿Su... papá...? ¿Y me lo ocultó hasta ahora?

El general se le acercó:

—Bravo, sargento Gray... Será usted mencionado en la orden del día.

—Gracias, mi general.

—¿Quiere usted desayunar con nosotros?

—¿Tal como voy, mi general?

—¡Eso qué importa! Ya se cambiará luego en el cuartel.

—Gracias mil, pues.

En el café:

—Yo tomo bollos de leche. ¿Le gustan Gray?

—Precisamente iba á decirle, mi general, que me gustan mucho los bollos de leche.

—¿De modo que usted es el que apostó que desayunaría conmigo?

Se rieron todos de buena gana.

A continuación del almuerzo el general fué al campamento con su hija y Gray, y se despidió de éste dejándolo con su hija, en el mismo patio del cuartel.

—Mucho le agradezco mi general que me haya invitado á su mesa.

—Y yo me alegro de que le hayan gustado los bollos de leche.

El destino, que se complacía en mortificar la envidia del sargento de cocina vecino de cama de Gray, lo puso á pocos pasos de éste, del general, de su hija y del ayudante, obligándole á oír que *Gray había almorzado con el general.*

—¡Qué fresco!—murmuró.

Gray y la hija del general se quedaron solos... pues el sargento de cocina se precipitó á ir á contar las aventuras de aquél á los demás compañeros.

—Pronto iremos al campo de batalla... Mañana tal vez... ¿Me escribirá usted?

—Diariamente.

El perro de Gray, olfateando á su amo, le acariciaba la mano. Ella lo tomó en sus brazos y le hizo mimos.

—¿Quiere usted á mi perro?

—Le adoptaré mientras usted esté ausente.

—El también la amará usted mucho...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque obedece siempre á su amo...

—Y rezaré por usted todas las noches...

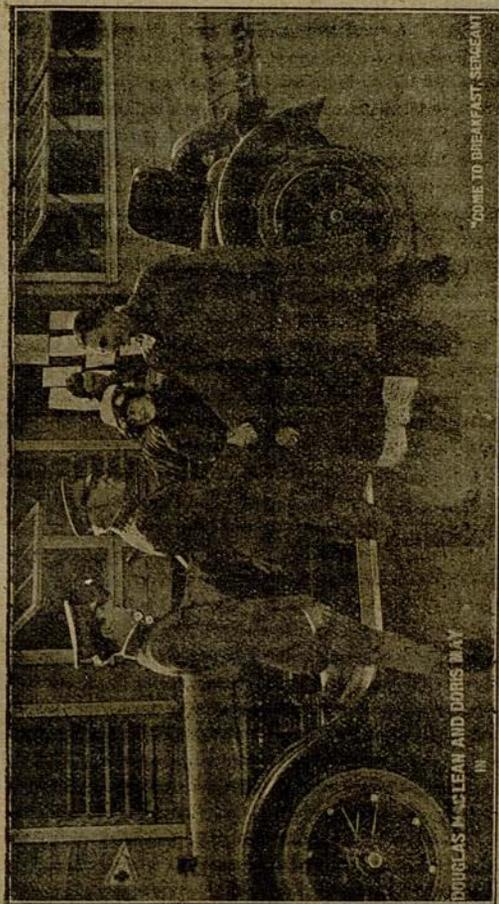
—Su recuerdo será para mí lo que me hará vivir con la esperanza de la dicha...

—¿No me olvidará usted...?

—¡Olvidarla si me la llevo en el corazón...! ¿Quiere decirme ahora cómo se llama?

—Lucía...

—Pues yo te prometo Lucía que si los ojos



“¿CÓMO VO BREAKFAST, SERGEANT?”

DOUGLAS M. MCLEAN AND DORIS MAY

— Y yo me alegro de que le hayan gustado los bollos de leche.

de mi rostro no te pueden ver, los ojos de mi alma jamás se separarán de tí...

—Adiós...

—Adiós, no; hasta pronto, muy pronto... Yo he de volver.

El auto partió veloz como si su dueña quisiera que el viento secara las lágrimas que brotaban de sus ojos... El perro permaneció callado, junto á ella...

El brigada de guardia <sup>\* \*</sup> llamó á Gray cuando éste iba á volver á su dormitorio:

—Tengo que arrestarte por volver con retraso de permiso... y llevar ese traje...

—Pues arréstame.

—Lo siento, pero...

—No te apures, hombre... Haz de mi lo que quieras. Apuesto doble contra sencillo á que el general asistirá á mi casamiento. ¡Y no te digo más!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)